

Felipe Benítez Reyes

El pinball

Presentar a Felipe Benítez Reyes ante cualquier auditorio traza dos caminos divergentes para el presentador. Puede optar por una presentación minuciosa, lo que supondría una conferencia, más que merecida, en este caso sobre el conferenciante; o puede tomar el camino de un apenas esbozo acerca de una obra amplia y que abarca todos los campos de la literatura. Yo, cada vez más vago y menos riguroso con mi comportamiento social, intentaré la vía breve.

Cruzar la obra de Felipe en pocas líneas es complejo. Felipe es un autor total, aplicado en idéntico sentido en que se usaba para clasificar a David Bowie, por ejemplo, toca todos los palos y lo hace muy bien y con una producción artística amplísima.

Por comenzar por alguno de sus anaqueles creativos, diré que primero me emocionó la poesía de Felipe, si no recuerdo mal el primer libro que cayó en mis manos fue *La mala compañía* (1989), aunque tenía publicados algunos anteriores. Su poética, al contrario que el rock'n roll, fue limpiando y reconciliando mi vida con esos latigazos que el tiempo inflige como olas sobre el costado de los barcos, o con esas habitaciones donde dormita el recuerdo tal como la nieve en el interior de un bibelot con estampa romántica. Sus poemas desde, *Sombras particulares* (1992) o *Escaparate de venenos* (2000) derivaron hacia un mundo quizás más hermético por íntimo como, considero, que muestra *La misma luna* (2007), por citar su penúltima composición lírica.

Sin motivo, de sus poemas salté hacia sus relatos, donde me encontré con un mundo de magias, chisteras o almonedas y, en definitiva, una suma de páginas donde el lector reconoce el catálogo privado de fotografías que Felipe usa como fondo para unos personajes a quienes la vida zarandea sin grandes golpes, pero con una contundencia que siempre sorprende aunque no llegue a ser destructiva. *Chistera de duende* (1991), *Un mundo peligroso* (1994), *Maneras de perder* (1997) o *Cada cual y lo extraño* (2013), por citar algunos títulos.

Pero es en sus novelas donde Felipe desarrolla la que yo llamo constatación del pinball, esas máquinas de bolas metálicas, luminarias y soniquetes que de niño vio en su Rota natal y seguro que allí llegaron de las primeras que pisaron suelo español. Los personajes de *Humo* (1995), *El novio del mundo* (1998), o su última *El azar y viceversa*, (2016) comprueban que el destino de los humanos se materializa en esas bolas que danzan según los vaivenes eléctricos de los ingenios

electromagnéticos a los que este pinball de lágrimas nos condena. La casualidad no existe, pero a través de sus párrafos todos esos personajes evolucionan, lo que no significa que maduren, según una serie de cruces de caminos que, en realidad, son quienes forjan el deambular biográfico de todos nosotros.

Pero hoy estamos aquí para oír al Felipe escritor que charla sobre la obra de otro poeta, Juan Ramón Jiménez, como en otras ocasiones hizo como ensayista o traductor con el Prufrock de Eliot, sobre la poética de Cernuda o la novela de Nabokov.

Para mí, Felipe es uno de los autores más importantes de la literatura española de este final y comienzo de siglo. Permítanme el uso del numeral por incluir un toque de modestia aquí en voz alta, porque siempre digo, como aquel Galileo del que cuentan afirmó algo entre dientes, que es el más grande de los escritores actuales, según el término con que comencé esta presentación, esto es el de escritor total. Con él les dejo.